

Mala Hoja



Primera edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2017

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodocordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46- 3º B
28016 Madrid

© Alfonso Mateo-Sagasta, 2017

Ilustración de cubierta © Miguel Navia, 2017

IBIC: FA
ISBN: 978-84-16968-27-5
Depósito legal: M-30542-2017

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Mala Hoja

Alfonso Mateo-Sagasta



Para Emilia,
tantos años después



«Digan lo que quieran Aristóteles y toda la filosofía, nada hay igual al tabaco; es la pasión de las gentes honradas, y quien vive sin tabaco no es digno de vivir. No tan solo regocija y purifica los cerebros humanos, sino que también acostumbra las almas a la virtud, y con él aprende uno a ser un hombre honrado».

MOLIÉRE

Don Juan o el convidado de piedra, Acto I, escena I

«Tome un poco de tabaco, se le quitará el enojo»

LOPE DE VEGA

La mayor desgracia de Carlos V, Acto III

«Que la esclavitud tiene fuerza de trastornar la noción de lo justo y de lo injusto en el espíritu del amo; que embota la sensibilidad humana; que afloja los lazos sociales más estrechos; que debilita el sentimiento de la propia dignidad y aún oscurece las ideas del honor».

CIRILO VILLAVARDE

Cecilia Valdés o la Loma del Ángel, capítulo IX

«No ha lugar a lo que se pide. Los negros no bailan».

El GENERAL CIENFUEGOS denegando a un cabildo negro la autorización para una fiesta en 1830.

EN CUANTO EL CORONEL apoya las manos en la mesa para ponerse en pie, un negro acude a su lado. Las mangas de la librea del esclavo apenas dejan asomar los dedos, pero el chico se las arregla para retirar la silla sin arrastrar las patas. Mientras tanto, el otro yoruba¹ sigue agitando el enorme abanico de yarey para espantar a las moscas.

Don Pascual Baute observa al militar hasta que sale del comedor. Calcula que es algo mayor que él, sesenta y muchos, piensa, pero el uniforme rayadillo de cuello y bocamangas verdes irradia vigor juvenil. Lo que le llama más la atención son los dispares cordones que destacan sobre el blanco chaleco de piqué: la leontina de oro, que cruza desde un ojal al bolsillo donde guarda el reloj, y la tosca correa de cuero del revólver, que cae desde el cuello para perderse en la cintura.

¹ Tribu de la costa de África occidental. En el texto se mencionan otras tribus o etnias a las que pertenecen los esclavos de Cuba: mandingas, popo, ashanti, mina, carabalí, gangá... (Todas las notas son del autor).

Don Pascual hace una seña al maître, que acude al instante.

—Tomaré café en el patio.

François asiente, chasquea los dedos y el negrito que le guarda la espalda acude a sujetar la silla.

No es esta una historia para niños.

¿Cuántos cuentos infantiles no arrancan con un suceso ominoso al que el protagonista debe sobreponerse, para acabar celebrando el triunfo de la vida en un alarde de fuegos artificiales? Esta historia no es así, lo aviso con tiempo, porque en la realidad siempre acaba ganando la muerte.

El Restaurant François, en el número 72 de la calle Cuba, entre Obispo y Obra Pía, es la casa de comidas más reputada de La Habana, el local favorito de los comerciantes extranjeros, el fondeadero que cura el mal de tierra a todo capitán que emboca la bahía. La comida es mezcla de francesa y criolla, y el servicio de palacio turco. Un mandinga enorme acciona sin descanso los ventiladores del techo, y pequeños y hermosos yorubas, vestidos con librea leonada y galones en las mangas, velan detrás de cada silla para satisfacer los deseos de los clientes.

Don Pascual observa con curiosidad al resto de los comensales mientras camina despacio, al ritmo del chelo y la guitarra que amenizan la noche. «¡La voz de mi amado!», susurran los instrumentos, «Helo aquí que ya viene, saltando por los montes, brincando por los collados...». En una mesa queda una pareja; en otra una familia completa con la única ausencia aparente

del abuelo; en un apartado media docena de hombres solos y en el centro del comedor un grupo exótico formado por dos caballeros y un chino vestido con una llamativa túnica de seda roja y tocado con un bonete negro. Todos disfrutan de la comida y el ambiente, solo se oye el ruido de los cubiertos cuando, tras cada pieza, se detiene por un instante la música.

La puerta del patio está señalada por dos grandes ramos de gladiolos blancos que destacan sobre el fondo carmesí de los cortinajes recogidos a ambos lados. Desde ese mirador, don Pascual escruta el espacio en busca de un rincón tranquilo para la sobremesa. A un lado, dos caballeros conversan animadamente bajo el emparrado; en el otro está el militar que acaba de salir, al raso, leyendo el periódico a la tenue luz de una lámpara de aceite. Se decide por la butaca que está al lado de este último. El primer paso es inseguro, le duele la rodilla y teme tropezar con algún escalón invisible, pero gana aplomo a medida que avanza respirando el aire cargado de madreselva. Al llegar a la altura del coronel, saluda con cortesía.

—Buenas noches.

El militar ve de reojo un pantalón negro, alza un poco la vista y se detiene en la entropierna del recién llegado. A pesar de lo holgado de la prenda, se diría que un pomelo le cuelga por la pernera izquierda. De forma automática, el coronel retira la vista y la fija de nuevo en el periódico.

—Buenas noches —murmura.

Don Pascual recoloca el cojín de la butaca de retán y se sienta arrancándole un chirrido. Un negrito apa-

rece corriendo con otro almohadón de drill relleno de plumas para colocarlo en su espalda. Cuando se siente cómodo, deja escapar un suspiro y empieza a masajearse la rodilla derecha. Una suave brisa atraviesa el patio entre las ventanas contrapuestas de la calle, y el lejano parloteo del chelo y la guitarra llegan en sordina. El cielo se ve limpio y cuajado de estrellas.

Don Pascual aprovecha que el coronel parece de nuevo enfrascado en la lectura para observarlo detenidamente. Es un hombre delgado, de rostro anguloso y pómulos marcados. Aunque blanco, conserva todo su pelo fuerte y ondulado peinado hacia atrás. Lleva las mejillas rasuradas y las patillas cortadas a la altura del borde superior de las orejas, pero se adorna con un elegante bigote engomado con las puntas dirigidas hacia arriba y una perilla que sobresale cuatro dedos del mentón. En la punta de su nariz aguileña brillan los espejuelos de unas antiparras con montura de oro y modernas patillas enroscadas en las orejas.

—Una cena magnífica —comenta don Pascual.

—Sí, sí —responde el militar sin alzar la vista.

—¿Ha probado la bullabesa?

El coronel deja caer un poco el lado izquierdo del periódico para mirar al otro a la cara. No le sorprende que la tenga redonda, que use grandes anteojos con montura de carey, que sea calvo y que lleve casi rapado el pelo de la nuca.

—No, yo he tomado estofado de vaca —murmura.

—De segundo también he comido carne —comenta, animado, don Pascual—, picadillo de ternera en torta de casabe y plátano maduro frito.

El militar asiente silencioso.

—Y qué bien frito —añade el recién llegado—, en mantequilla, cortado en largas y melosas tajadas, como a mí me gusta.

—Veo que aprecia la buena cocina.

—¡Ya lo creo! Hoy mismo he almorzado en el Restaurante París. ¿Lo conoce? Está entre Mercaderes y San Ignacio.

El coronel lo conoce de sobra, pero lo niega porque cree que así dará por terminada la conversación.

—Se lo recomiendo —dice el otro—. Merece la pena. Hoy tenían serensé con congrí y bacalao sazonado en salsa de tomate, todo ello regado con un maravilloso clarete catalán. Delicioso. Delicioso. Pero este restaurante casi me gusta más, es encantador, y por lo que he visto también alquila habitaciones.

El militar fuerza una media sonrisa de despedida y extiende de nuevo el periódico.

—Perdone —dice don Pascual—, no me he presentado. Me llamo Pascual Baute.

—Julio Izura.

—Disculpe mi curiosidad, ¿está usted alojado aquí?

Don Julio vuelve a bajar el periódico a disgusto.

—No. Vivo cerca.

—Ah. Ha venido solo a cenar. Perdone la impertinencia, pero es que el local me resulta tan agradable que tengo la tentación de mudarme.

—Nadie prepara la bullabesa como François —dice el coronel con una sonrisa forzada.

—Y tanto. Si no fuera por lo hermosa que es la habitación de mi hotel, me mudaría hoy mismo.

—¿Está usted de paso? —pregunta el militar, y al instante se arrepiente. La conversación estaba a punto de terminar y él ha soplado las brasas.

—Vivo cerca de Pinar del Río. He venido solo unos días, a visitar a unos clientes.

Don Julio asiente, se muerde el labio y se sorprende preguntando otra vez.

—¿Tabaquero?

—Y de los buenos —afirma don Pascual con un deje de orgullo.

—¿Dónde se aloja? Lo siento, ahora soy yo el curioso.

—En el hotel San Felipe.

—Lo conozco. A una cuadra del Paseo Isabel, ¿no?

—Desde mi habitación se ve la bahía, el fuerte del Morro y el mismo Océano.

—No deje abiertas las ventanas —dice don Julio entrecerrando un ojo.

—¿Y eso? —pregunta el tabaquero, desconcertado.

—A veces el mar se pone bravo y salta las escolleras.

Don Pascual sonrío abiertamente.

—¡Espero que no con este tiempo! Además, me gustan los baños de mar. Desde el hotel casi puedo ir en albornoz y chinelas hasta la orilla.

—¿Y lo hace?

—Ya lo creo —dice el tabaquero conteniendo una risita pícar—. Me doy un baño todos los días antes del desayuno.

—¡Puf! Estará fría el agua.

—Me gusta fría.

Dos camareros entran llevando cada uno un juego de café en una bandeja que depositan en las mesitas junto a las butacas. Cafetera, azucarero y jarra de leche, todo de plata, y una pequeña taza de porcelana de Meissen. Don Julio aprovecha la interrupción para parapetarse de nuevo tras *El Diario de la Marina* y lo eleva discretamente tapándose la cara. Don Pascual se entretiene leyendo de lejos los titulares de los breves de la portada: Vapor *Marqués de Núñez*, Vigo, Coruña, Gijón y Santander; Venduta pública y depósito judicial de Víctor Santurio; Remate en Caibarién; Compañía Cubana de Alumbrado de Gas, balance general de 31 de diciembre de 1873; Buques a la carga, Santa Cruz de Tenerife y La Palma, saldrá a mediados de febrero próximo para dichos puntos el bergantín español *Rosario*, su capitán don Miguel Sosvilla. Admite carga y pasajeros, impondrá su consignatario, Obispo 17, Antonio Serpa. Todo le suena conocido, lo leyó por la mañana después del desayuno, y recuerda el editorial de la página dos, el que parece estar leyendo el militar. «Medidas excepcionales», se titula. Anuncia la inminente llegada de un contingente de la Península de mil doscientos hombres para luchar contra la insurrección, pero al mismo tiempo arenga a los buenos ciudadanos y patriotas cubanos a alistarse en las brigadas de voluntarios y a tomar las armas.

—¿Será verdad? —piensa don Pascual en voz alta. Don Julio suspira imperceptiblemente.

—¿Perdón?

—Digo si será verdad lo del contingente de mil doscientos hombres que envían de España.

—Claro que es verdad —responde, cortante, el militar.

—Es muy de agradecer que el gobierno piense aún en nosotros.

—Es su obligación.

—Ya, pero con todos los problemas que tienen allí...

—Ahora menos —dice el coronel con voz firme—. Mire lo que se ha conseguido en un mes. En cuanto Pavía cerró la jaula de grillos del Congreso y nombró a Serrano jefe del Gobierno, las cosas han empezado a aclararse.

—Yo no estoy tan seguro... —piensa en voz alta el tabaquero.

Don Julio deja caer los brazos y el periódico se arruga contra sus muslos. Entrecierra un poco los ojos antes de hablar:

—¿No? el general sabe bien lo que hace. En menos de una semana acabó con las rebeliones cantonales y las veleidades abolicionistas, y ahora aplastará a los carlistas.

—Con los carlistas nada resulta fácil.

—Tiempo al tiempo, hágame caso.

—Me anima verle tan optimista. Pero bueno, usted sabrá, siendo militar...

—No soy militar.

—¿No? Disculpe —dice, sorprendido, el tabaquero—. El uniforme...

—Soy armador —Don Julio toma la taza de café, sopla un par de veces, besa el borde dorado y bebe el líquido negro y amargo de un trago. El periódico cae a su costado izquierdo como un capote sostenido por dos dedos—. Y coronel del Segundo Batallón de Voluntarios de La Habana.

—¡Ah, Voluntarios! Ya lo dice el editorial de hoy, en estos tiempos todos debemos arrimar el hombro —y añade con malicia—, por eso dudaba yo que fuera cierto lo del nuevo contingente de infantería.

Las noticias que llegan de España son confusas, en pocos años se ha pasado de dos monarquías a la República tras una revolución y un golpe de estado, y para colmo en el 68 empezó una guerra por la independencia de Cuba que aún colea, por no hablar de los problemas que está causando la reciente abolición de la esclavitud en la vecina Puerto Rico.

—Pero cuénteme, ¿está usted de maniobras?

—Yo no voy de maniobras —replica don Julio—. Soy coronel honorario, mi cometido es más... la intendencia.

—¡Ah! —suspira el tabaquero—. Como lo veo de uniforme...

—Esta tarde he tenido una reunión en Capitanía —se justifica don Julio, que ha creído ver decepción en el comentario del tabaquero.

—Claro, comprendo. Yo colaboro con los Chapelgorris de Guamutas.

Don Julio no puede evitar un gesto de sorpresa, pero lo disimula de inmediato. Los Chapelgorris son una

unidad con un historial cruento, sus intervenciones suelen ir adornadas con un extra de violencia ejemplarizante.

—Guamutas... ¿No queda Matanzas un poco lejos de su residencia?

—Más que un poco, sí, pero qué más da. Al final en esta guerra todos vamos juntos.

Don Julio se queda en silencio esperando una explicación mejor.

—Se lo debo a un sobrino que es teniente de escuadrón. Al joven le sobra voluntad, pero tiene pocos posibles.

Don Pascual sigue la conversación dando sorbitos a su café. Termina la taza y la rellena de nuevo.

—¿Conoce a don Claudio Herrero? —pregunta el militar.

—¡Claro! Al coronel Herrero y a don Francisco Petrirena. Son buenos amigos. Precisamente mi sobrino sirve a sus órdenes, Bautista Ameztoy. Se oyen cosas horribles de don Francisco, pero no crea todo lo que cuentan. No hay pruebas de que decapitaran niños para escarmentar a los padres, ni de que le cortara las orejas a un enemigo y se las comiera con galletas. Además, hay circunstancias en que es necesario actuar con contundencia.

Para qué entrar en más aclaraciones. Todo el mundo sabe que Herrero fue responsable del fracaso del alzamiento independentista del monte Corojo y del exterminio de los sublevados de su demarcación, y que el regimiento de Chapelgorris de Petrirena es una horda de asesinos sin bozal. De hecho, a don Francisco se lo

conoce como *el Tigre de Macagua*, pero no está el ambiente en La Habana para pedir explicaciones ni para afeár los actos de los leales.

—¡Qué me va a contar! —exclama don Julio, sonríte y se sacude unas migas invisibles de la pechera de su uniforme—. ¿Forma usted parte del batallón?

—No, no. Míreme.

Don Pascual separa los brazos y presume de abdomen prominente. El coronel lo mira sin disimulo. No está gordo, pero casi, y parece más bajo que él. Su rostro es atezado, le faltan varias muelas y dientes de modo que los cuatro superiores parecen solos y saltones como los de un roedor; una mancha de color vino oscurece el caballete de la nariz y un denso bigote alborotado desborda su labio superior en todas direcciones. Don Julio reconoce que su aspecto no es nada marcial, pero también sabe que no hace falta ser Adonis para descerrajar un tiro en el pecho a un mambí².

—Nunca se me dio bien la equitación, y carezco de toda aptitud militar.

Don Julio debe reconocer que razón no le falta, en su fuero interno se ríe pensando hacia qué lado de la silla de montar colocaría sus enormes pelotas, y en el agudo dolor que le causaría una larga marcha al trote.

—Pero soy fiel a la Corona —añade don Pascual— y colaboro dentro de mis posibilidades.

—¿Con oraciones?

—Con dinero. Dinero y suministros.

² Insurrecto de la guerra de independencia cubana.

Don Julio sonrío, deja ver unos dientes bordeados de una línea oscura entre los que brilla un colmillo de oro. Dinero y suministros, qué menos. En eso están todos, los batallones de voluntarios no cuentan con ninguna asignación del Gobierno, todo depende de las aportaciones de sus oficiales.

—No se quite mérito —dice don Julio con desgana—, a partir de cierta edad solo nos quieren para eso, pero lo cierto es que es tan necesario o más que los hombres.

—Y que las oraciones...

Don Julio dobla el periódico pero lo deja apoyado sobre sus rodillas y se queda con las antiparras en la punta de la nariz, aún no se resigna a conversar con aquel desconocido. Se seca la boca, se peina el bigote con el dorso de la mano y comprueba las puntas engomadas. Había planeado pasar la velada solo y en silencio, pero no siempre se logra lo que se desea, por desgracia eso lo tiene ya bien aprendido.

—¿Qué tipo de suministros? —pregunta, cortés, el coronel.

—Hace un par de años equipé a un escuadrón completo con carabinas Minié, machetes, cuchillos, munición y correajes.

—Buenas armas las Minié —murmura el militar.

—No tanto como las tercerolas Remington. Acabo de conseguir una cincuentena y más de diez mil balas.

—¡Vaya!

Don Julio mira a su contertulio con nuevos ojos. Empieza a caerle bien.

—Yo también tengo contacto con los Chapelgorris —reconoce el coronel—, más de una vez han establecido sus cuarteles en mis tierras.

—¿En sus tierras?

El militar se encoje ligeramente de hombros.

—Soy terrateniente.

—¡Militar, armador y terrateniente! Caballero, toca usted todos los palos —dijo don Pascual, festivo, dejando la taza de café sobre la mesa..

—Sobre todo, terrateniente. Pero lo mío es el azúcar, no el tabaco. Sin embargo...

Don Julio saca del bolsillo interior de su guerrera una vejiga de cuero muy fino, pero antes de que la desenrolle, don Pascual salta de la butaca con su propia vejiga en la mano. Al aproximarse huele el fuerte perfume del soldado: aceite de Madagascar, un aroma seco y viril parecido a la esencia de clavo.

—¡Por favor! —exclama el tabaquero—. Si le gusta fumar, permítame ofrecerle una experiencia inolvidable.

—Es usted modesto —replica el otro con sorna.

A don Pascual se le escapa una risita perruna antes de replicar:

—Mi madre decía que no hay pecado que Dios aborrezca más que la soberbia, pero yo no lo creo. Pienso que la envidia es mucho peor.

—¿La envidia?

—La envidia es un pecado triste, piénselo, es el único que no procura satisfacción a quien lo comete. La gula, la lujuria, qué sé yo, todos tienen un aliciente —dice y guiña el ojo—, pero ¿la envidia? La envidia

es un pecado de tontos, mil veces peor que la soberbia.

—Tabaquero y teólogo —dice don Julio, sonriendo a su pesar.

—La modestia no figura entre mis virtudes, qué le vamos a hacer. Aunque, a decir verdad, yo en mi vida solo he tenido dos auténticas pasiones: el tabaco y el amor de mi mujer.

DON PASCUAL abre con delicadeza su vejiga y saca dos cigarros un poco menos gruesos que el pulgar y tres dedos más largos que el bolsillo delantero de una levita. Ofrece uno a don Julio con una reverencia, y este lo toma con respeto. Antes deja el periódico sobre la mesa, pero mantiene los anteojos en la punta de la nariz como vía de escape, como si aún se mantuviera en un forzado intercambio de cortesías previo a la inminente separación.

El negrito que está junto a la puerta echa a correr hacia el interior del edificio.

—Un tabaco magnífico —dice don Julio nada más ver la capa perfecta, limpia, sin venas, de color carmelita claro uniforme y con un brillo satinado que anuncia el perfecto estado de sus aceites.

Parsimonioso, el coronel toma el cigarro entre sus manos, y con el pulgar y el índice de la derecha lo aprieta suavemente en toda su extensión para comprobar que está firme y esponjoso. El torcido es perfecto y el estado de humedad parece óptimo. Luego se acerca el extremo

abierto a la nariz y aspira su intenso aroma a tierra mojada, cuero y madera. Al exhalar se le escapa un ronroneo. Don Pascual cabecea mirándolo con arrobo.

—Lo mejor que se puede fumar en la isla —recalca el tabaquero satisfecho—. Se lo garantizo. Después de este cigarro no aceptará otra cosa. He dedicado mi vida a la elaboración del cigarro perfecto, y esta es la prueba de mi éxito.

Don Julio vuelve a llevarse el tabaco a la nariz e inhala esta vez con los ojos cerrados. Su mente vuela cincuenta años atrás, al sótano del almacén en la Plaza Vieja. Allí guardaba su tío sacos de boniatos, harina de maíz, tasajo y bacalao para hacer el *salcocho* que comían los esclavos, junto a herramientas, barriles de azúcar y racimos de plátanos en distintos grados de maduración. En una esquina, a la cabecera del catre improvisado con fardos de ropa donde dormía de muchacho, estaba el cajón de pino con los tabacos torcidos a mano en mazos de veinticinco. Siempre tuvo su aroma por un anuncio de la riqueza que le deparaba el futuro.

El esclavo de la puerta regresa con un braserillo de plata en el que late un tizón medio enterrado en un montón de ceniza.

—Permítame —dice don Pascual, retira el tabaco de entre los dedos golosos de don Julio, regresa a sentarse a su butaca y saca una pequeña navaja del bolsillo de la levita—. Muchacho, trae unas varillas de cedro —ordena al negro, y luego pregunta a don Julio—: Usted no es criollo, ¿verdad?

—Sí, su merced —responde el negrito y corre de nuevo al interior del restaurante.

—¿Criollo dice? —salta el coronel como si lo hubieran abofeteado—. ¡Quiá! De Irurita.

—Irurita... ¿Vizcaya?

—Navarra —dice don Julio, y al hacerlo estira la espalda y se toca el corbatín—. Llegué a Cuba con catorce años, en el 24, cuando cumplí los requisitos.

Con un ligero movimiento circular, don Pascual corta el borde superior de la perilla que sella la punta del tabaco.

—Los requisitos... del gobierno —deduce el tabaquero.

Don Julio niega con la cabeza.

—De mi tío Fermín —aclara alzando las cejas—. Él impuso las condiciones a mi madre. «Si mi sobrino es despierto y trabajador envíamelo, pero cuando esté educado, que sepa leer, escribir y domine las cuatro reglas». Don Benigno, el cura, nos leyó la carta en la vieja cocina del caserío. Solo él sabía leer en el pueblo, bueno, él y don Arnaldo, pero el amo rara vez iba por allí.

Por un instante don Julio se sorprende de seguir considerando amo a un hombre con unos cuantos prados y cincuenta vacas. Malos recuerdos. Invierno en Irurita. Muy malos recuerdos. Aunque se pegaran al hogar, el fuego era tan pobre que solo les calentaba la cara y las rodillas. Hambre. Requisas de los soldados carlistas o isabelinos, lo mismo daba, despertar con olor a cuadra cuando *amatxo* abría la puerta que daba a la cocina y salía a ordeñar la vaca antes del amanecer.

cer, la sed insaciable al oír el chorro de leche batiendo la espuma.

—Don Benigno me enseñó todo lo necesario —dice el coronel moviendo la mano para espantar una mosca despistada.

—¿Y su tío llevaba mucho tiempo aquí?

—Doce años. Vino recién terminada la guerra contra los franceses. El hombre llegó a Cuba con una mano delante y otra detrás, pero dieciséis horas de trabajo diario y conformarse con pan y agua obran milagros. Al año se hizo con un diminuto almacén de ocho pies cuadrados en un callejón cercano al puerto, y luego invirtió en un local en la Plaza Vieja.

Don Julio habla con aplomo, se ve que está orgulloso de su origen modesto.

Reaparece el negro con el braserillo en una mano y un puñado de pequeñas estacas de cedro en la otra. Coloca una sobre el tizón, sopla con suavidad y hace estallar una pequeña llama azul. Don Pascual le hace una señal para que se aproxime, mientras sigue con la conversación.

—Un ejemplo, su tío. Esos son los hombres que crean naciones.

—El trabajo era su vida. Dormía donde despachaba y solo se daba libre el atardecer del domingo para ver pasear a la gente por la Alameda.

En su mente resuena el rítmico repiqueteo de los cascos de los caballos, las voces de hombres solos con acento español y mirada puesta en las muchachas de los quitrines y volantas, el suplicio de Tántalo.

—Sí señor —cabecea el coronel—, no me avergüenza contarlo. Yo desembarqué en La Habana calzando alpargatas.

—¿Su primer trabajo fue en la tienda de su tío?

La pregunta suena natural, y don Julio se siente a gusto y debe reconocer que con cierta expectación ante el tabaco que está a punto de fumar:

—Cuando llegué, mi tío ya era dueño del almacén de la Plaza Vieja y de un pequeño cafetal con una dotación de media docena de esclavos. Pero sí, los dos primeros años fui su sombra, en la tienda y en los paseos de los domingos. Me hice hombre oliendo tasajo y bacalao.

Mientras habla, don Julio repasa el atuendo del tabaquero. Es elegante y de buen paño, pero sin ostentación. Viste un frac negro con modernos pantalones de nankín que le cubren hasta los pies, se sujeta la corbata con un anillo de oro y los zapatos son bajos con hebillas también de oro en el exterior de la horma. Lo único verdaderamente llamativo es el chaleco de raso negro sembrado de abejas bordadas de color verde brillante.

—¿Y usted? —pregunta el militar con curiosidad—. Tampoco parece nacido en Cuba.

Don Pascual toma la astilla del brasero y acerca la llama a la boca del tabaco. El anillo externo se oscurece con rapidez y empieza a expeler un delicioso humo con sutil aroma a tierra mojada y heno fermentado. La astilla arde despacio, la llama es constante y don Pascual gira lentamente el cigarro para que la boca se prenda de forma homogénea.

—Yo nací en Morella.

A don Julio, que no puede evitar sentir cierta prevención contra los criollos, se le escapa un mohín de aprobación. Piensa que los hijos de la isla son vagos y tramposos, un lastre para la República, a diferencia de los peninsulares, que llegan con hambre de siglos y dispuestos a trabajar de sol a sol, por no hablar de la garantía que suponen contra los cada vez más numerosos insurgentes.

—¿Llegó también a Cuba de muchacho?

—De hombre, más bien. Tenía más de veinte años cuando vine con mi familia.

—¿La familia al completo?

—Mis padres, un hermano, la mujer y el hijo.

—¿Su mujer? —pregunta el coronel, que tiene fresca aún la sorprendente declaración de amor del tabaquero.

—No, no. La de mi hermano. A la mía la conocí aquí en Cuba, ella sí era criolla.

—Ah. ¿Tomaron juntos la decisión de emigrar?

—Fue fácil. No sé si sabe que en la Península estaba prohibido sembrar tabaco. Cada año teníamos que adentrarnos más en la sierra de Granada para cultivar, pero nuestros sembrados no dependían solo del sol y la lluvia. A poco que te descuidaras, la Guardia Civil caía sobre la plantación como una plaga de langosta. Imagínese el cuadro. Mi padre era de Gran Canaria y mi madre de Castellón. Mi hermano y yo trabajábamos con mi padre, éramos su cuadrilla.

—¿No le gusta la Guardia Civil? —pregunta don Julio frunciendo un poco el ceño.

Don Pascual resopla, se agita en su sillón.

—No la de allá —dice el tabaquero muy serio—.
¿Ve esta mancha que tengo en la nariz?

Don Julio le mira por encima de sus anteojos.

—Es por su culpa. ¿Qué le parece? Un antojo. Resulta que mi madre, encinta de siete meses de un servidor, acababa de llegar a un emparrado donde unas primas suyas estaban comiendo sandía, una jugosa, roja y dulce sandía. Nada más verla, a mi madre le apeteció muchísimo probar un trozo, pero ni siquiera llegó a pedirlo porque en ese instante llegó un mozo con la noticia de que los guardias habían descubierto e incendiado la plantación de tabaco de mi padre. Ella se giró entonces para irse corriendo al cuartel en busca de noticias, y al hacerlo hizo un gesto con los dedos acariciándose la nariz y el labio, y así me estampó a mí su deseo frustrado. ¿Lo ve? —dice don Pascual mostrando la mancha de su nariz—. El antojo sigue un poco por el labio, pero el bigote lo tapa.

Don Julio no sabe si el tabaquero habla en broma, pero por si acaso se limita a asentir.

—Así que ya ve usted el cariño que le tengo a la Guardia Civil. Aunque reconozco que la de aquí es otra cosa, se aplica en perseguir a negros cimarrones³ y mambises, y eso no está mal.

Cuando brilla un anillo rojo en el extremo del tabaco, don Pascual lo sopla como si susurrara un ensalmo. Luego acerca de nuevo la llama antes de empezar a girar enérgicamente la muñeca en círculos hasta que toda la boca destella como un rubí.

³ Esclavo que se refugiaba en los montes buscando la libertad.

—Listo. Pruebe a ver.

Don Pascual entrega el tabaco al negrito que lo sostiene con dos dedos para dárselo a don Julio. Este lo mira despacio y huele el humo antes de llevárselo a la boca. Sus labios abrazan la punta, inhala y exhala rápido dos veces y a la tercera retiene el humo denso y cremoso dejando que se acomode en la garganta, bajo la lengua, en el paladar... Lo saborea mientras se escapa por las comisuras de sus labios, y el último resto lo expulsa por la nariz.

—Fantástico...

—¿Lo nota?

—No sé qué espera que note, pero me gusta.

—Todavía está frío el tiro, pero en su inicio el tabaco debe de tener un fondo floral.

Don Julio se acaricia el cielo de la boca con la lengua.

—Sí..., es posible, a jazmín... No es que sepa a jazmín, entiéndame...

—Le entiendo, le entiendo.

—Es un sabor dulce con puntas ácidas que hace pensar en jazmines —dijo el coronel dando una nueva calada y entrecerrando los ojos.

Don Pascual asiente satisfecho.

—Al principio he pensado en azahar o magnolia —aclara el militar—. Curioso. Pero siga, cuénteme. Su padre, entonces, era tabaquero: ¿heredó usted de él el oficio?

Don Pascual prende una nueva astilla de cedro y empieza a calentar el extremo abierto de su cigarro

como había hecho con el otro, pero esta vez sin cortar antes la boca.

—Mi padre me enseñó lo que sabía. No se puede pedir más.

—¿Qué año dice que llegó? —pregunta don Julio, cada vez más relajado.

—En el 43. Viajamos gracias a las facilidades que ofrecía el Gobierno.

El coronel abre mucho los ojos y asiente:

—Recuerdo la época. Fue cuando empezaron a preocuparse por el exceso de negros.

El halo gris del segundo cigarro se vuelve rojo y luego crece hasta que toda la boca brilla púrpura. El cuerpo entero del tabaco está caliente. Entonces don Pascual deja la astilla de cedro en el brasero y abre la boca con la navaja. Un fino hilo de humo escapa en cuanto corta la tapa.

—Y les sigue preocupando.

Don Pascual hace una seña al negrito para que se vaya, se recuesta en la butaca y bebe un sorbo de café. Dos puntazos ácidos desde el fondo del maxilar le indican que está preparado para apreciar todos los matices del tabaco.

—Fueron los años de la Junta de Fomento y su famosa comisión para buscar el modo de atraer trabajadores blancos a la isla —dice el coronel con desdén.

—¿Estaba usted metido en eso? —pregunta el tabaquero.

—¡No! Y no me parece mal atraer trabajadores blancos a la isla, no se vaya a creer, pero muchos de

los plantadores querían que además de blancos fueran esclavos.

—¿Y usted no era de esos?

Don Julio niega enérgicamente con la cabeza.

—Ni mucho menos.

¿Cómo iba a serlo? Su negocio de negros de alquiler perdió mucho dinero porque unos cuantos criollos presionaron al gobernador para que promoviera el reemplazo progresivo de los esclavos negros por una masa proletaria blanca. Es el futuro, decían, el modelo social que parecía funcionar en el moderno capitalismo. Y la idea no era mala, sobre todo considerando que la vida de muchos blancos en Europa, como irlandeses y gallegos, no andaba lejos de la esclavitud.

Los irlandeses que emigraban a Inglaterra vivían en covachas inmundas que compartían con los cerdos, vestían harapos, dormían sobre paja y se alimentaban de patatas hervidas, de modo que fue fácil atraerlos con la promesa de un futuro luminoso en las Antillas. El cebo era un contrato de ocho años, el anzuelo un préstamo para cubrir los gastos del viaje que debían devolver y el destino morir extenuados construyendo el ferrocarril que unía Güines con La Habana a un ritmo de trece hombres por kilómetro.

Los gallegos, por otra parte, eran los españoles más pobres y más fáciles de convencer, pero les fue bastante mejor que a los irlandeses. Aunque en Vigo firmaban contratos por seis pesos mensuales, en cuanto llegaban descubrían que el alquiler de un negro rondaba los veinticinco. Ventajas de hablar el idioma. Bastó con en-

viar algunos agentes a los ingenios⁴ donde los habían recluido mientras se aclimataban, para promover una sublevación en toda regla antes de que pasara el primer mes. La mayoría escapó y se perdió por la isla, sobre todo por las ciudades donde pronto encontraron trabajo. Los tratantes no tuvieron más remedio que aceptar que los contratos y los reconocimientos de deuda eran papel mojado, y el coronel y sus amigos no tardaron en recuperar el control del mercado laboral de sus esclavos.

Don Julio estira el cuello, se recoloca la correa de cuero del revólver paralela a los botones del chaleco y luego dice:

—Pero a ustedes les fue bien, ¿no?

Don Pascual asiente despacio antes de responder:

—Gracias a las ayudas del viaje nos llegó el dinero para arrendar una pequeña vega al sur de Pinar del Río. Tuvimos suerte hasta con los vecinos. Buena gente los cubanos. Nada más llegar nos ayudaron a levantar una casa al estilo local, ya sabe usted: ocho troncos clavados en el suelo formando un cuadrado, y entre medias una red de bambúes atados con lianas y enredaderas a modo de muros maestros.

Don Julio da una nueva bocanada a su tabaco y paladea el humo entrecerrando los ojos.

—Los guajiros⁵ no se complican mucho la vida —dice satisfecho.

—¿Mucho? No se la complican nada. Mientras las mujeres asaban un lechón, los hombres acabamos de

⁴ Factoría azucarera donde se procesa la caña.

⁵ En Cuba, persona que vive y trabaja en el campo o que procede del campo.

cubrir el techo de guano. Eso, el primer día. Al tercero ya habíamos levantado los tabiques interiores y construido fuera una cocina y un corralón. En lo que tardamos aquí en tener casa, en Granada no habríamos empezado a preparar la masa para el tapial.

—Otro mundo —dice el militar sonriendo.

—Y que lo diga. Aunque le parezca mentira, fue entonces cuando fumé mi primer tabaco.

—¡Cómo es posible! Hijo de tabaquero y con más de veinte años.

—Veintitrés.

—¿Me toma el pelo?

—¡No se me ocurriría! Había probado rapé. Y fumado en pipa. Pero nunca un cigarro. Lo recuerdo perfectamente. Fue después de comer ajiaco con bananas fritas. También era la primera vez que comía ajiaco con bananas fritas. Ahora que lo pienso, aquellos días fueron mi primera vez para muchas cosas. Justo antes de comer habíamos ensamblado la puerta de la casa, un panel de yagua⁶ con los goznes, por llamarlos de algún modo, en la jamba superior. Ni en Morella, el pueblo donde pasé la infancia, ni en Granada había visto yo una puerta que se abriera así y que, al abrirse, sirviera además de porche. Ya le digo que para nosotros todo era nuevo. La puerta estaba abierta y sujeta horizontalmente con un palo alto, de modo que proyectaba una sombra oblicua sobre la fachada. Había sido un día largo e intenso. Nos sentamos pegados al muro, cansados y satisfechos. Es-

⁶ Palma con la que se techan las chozas y se hacen cestos, sombreros y cabuyas.

tábamos mi padre, mi hermano, dos vecinos y yo. Uno de los guajiros sacó una vejiga larga de cuero y nos dio un tabaco a cada uno. Era fino, ardía rápido y me dejó en la lengua un regusto a regaliz. Aquel instante fue lo mejor que me había pasado en mucho tiempo.

—Vaya.

—¿Y usted? ¿Recuerda su primer cigarro?

Don Julio se lleva el tabaco a los labios y aspira muy despacio. El humo entra templado en su boca y la lengua lo aplasta contra el paladar como una cucharada de nata. ¡Si me acuerdo de mi primer cigarro!, se dice, y un torrente de imágenes acuden a su mente. Sol, la madera pulida de la cubierta mil veces baldeada con agua de mar, velas blancas, olor a brea. Una tranquila travesía hasta Lomboko, África, Costa Gallinas, el reino de Pedro Blanco, y luego el regreso con un cargamento de trescientos «sacos de carbón». Nunca había fumado hasta entonces, pero antes de emprender el viaje había metido en la maleta un mazo de tabacos del famoso cajón del almacén de la Plaza Vieja. El primero lo encendió en la playa después de cerrar el trato con el negrero malagueño, mientras la mercancía era vacunada y marcada con su hierro. El aroma del tabaco, fuerte y picante, a tierra húmeda, cubrió el olor a carne quemada y aceite de palma. El resto se lo fumó en la travesía, para tapar el creciente hedor que ascendía de la bodega. El mejor negocio de su vida y con un remate inolvidable. En cuanto avistaron la isla, varios grupos de delfines los escoltaron felizmente hasta casi la bocana del puerto.

—No, no lo recuerdo. Hace tantos años... —murmura el coronel, y luego cambia de tono brusca-mente—. Pero cuénteme, ¿qué es eso del cigarro perfecto?

A DON PASCUAL le brillan los ojos y se le dibujan los hoyuelos de las mejillas. Respira hondo antes de declarar con voz segura:

—Un cigarro con equilibrio entre suavidad y fortaleza, que acaricie las papilas gustativas sin irritarlas, que relaje y sirva para abrir la mente, que esté bien construido, que arda de forma homogénea, que predisponga a disfrutar del silencio, que dure lo que una buena sobremesa... En definitiva, el tabaco que convierta un buen momento en inolvidable.

Don Julio asiente pensativo.

—Eso dependerá de cada uno —dice alzando los hombros.

El tabaquero niega con la cabeza y responde al instante.

—¿Qué cree que fumó Wellington la noche después de Waterloo? ¿O Augusto al ser nombrado emperador?

El coronel da un pequeño respingo y alza las cejas sorprendido.

—¿Es que fumaban los romanos?

—No, es un decir.

—Nunca lo he pensado.

—Póngase en situación —dice don Pascual con los codos apoyados en la barriga y las palmas de las manos